

PERSPECTIVA BIOLÓGICA DE LA AGRESIVIDAD HUMANA

Josep M. Asensio Aguilera

Universitat Autònoma de Barcelona

RESUMEN

Para responder a la cuestión del origen de la agresividad humana (instinto natural o ambiente social) el autor parte de las aportaciones de dos disciplinas biológicas: la Etología y la Socio-biología. Comienza por estudiar el fenómeno en el mundo animal, sobre todo los enfrentamientos intraespecíficos, y considera luego la interacción herencia/medio, para terminar hablando de la agresividad humana y sus consecuencias en el campo educativo.

RÉSUMÉ

Pour répondre au problème de l'origine de l'agressivité humaine (instinct naturel ou milieu ambiant social) l'auteur part des apports de deux disciplines biologiques: l'Ethologie et la Socio-biologie. Il commence par étudier le phénomène dans le monde animal, surtout les affrontements entre mêmes espèces, et il considère ensuite l'interaction hérédité /milieu, pour terminer par parler de l'agressivité humaine et de ses conséquences dans le domaine éducatif.

ABSTRACT

In order to answer to the matter of the origin of human aggression (natural instinct or social environment), the author begins with the contributions of two biological fields: Ethology and Sociobiology. He starts with a study of the phenomenon in the animal world, above all in reference to intraspecific confrontations; then he considers the heredity/environment interaction, and concludes with human aggression and its consequences in the educational field.

En el presente, como a lo largo de las diferentes épocas y culturas, el enfrentamiento entre individuos y comunidades constituye uno de los fenómenos sociales más característicos de nuestra especie.

Para el hombre de hoy, conocedor no sólo de las múltiples manifestaciones que presenta la violencia de su tiempo sino también de las enormes proporciones que ésta puede llegar a alcanzar, resulta de vital importancia establecer las causas que intervienen en la producción de dicho fenómeno, a fin de intentar eludir en las condiciones y circunstancias que hacen posible su desarrollo.

¿Somos agresivos por naturaleza? ¿Es inevitable la violencia? ¿Nuestras respuestas agresivas son fruto únicamente de las influencias del medio? Estas cuestiones (u otras análogas), que revelan la vieja y mal formulada polémica entre herencia o aprendizaje (innato o adquirido), han sido ampliamente debatidas en los últimos años. Sin embargo, es bien sabido que, por lo general, los planteamientos que se presentan como dicotomías irreconciliables responden más a nuestro afán de simplificar cuestiones complejas o a razones de tipo emotivo que no a la naturaleza real de los hechos que se discuten. Es por ello que creemos necesario, si queremos avanzar en la comprensión de una realidad pluridimensional como la que nos ocupa, establecer un amplio diálogo interdisciplinario que permita progresar con mayor seguridad en la búsqueda de respuestas a las preguntas antes formuladas.

Nuestra exposición acerca de la agresividad humana tiene como punto de partida las aportaciones de dos disciplinas biológicas, la Etología y la Sociobiología, que, como se sabe, tienen por objeto las bases biológicas de la conducta individual y social de los animales, respectivamente. Aunque criticadas o desautorizadas por algunos autores en cuanto a la procedencia de sus metodologías para el conocimiento de nuestra especie, resulta evidente que, salvo que se considere al hombre como una abstracción desligada del mundo natural, muchas de las aportaciones de estas dos ramas de la Zoología pueden servirnos, cuanto menos, para una útil reflexión acerca de nuestra posible naturaleza. Como señala Ruse¹ «no veo razón para excluir la agresión del marco de la sociobiología humana, o para negar que tenga relevancia para los seres humanos el trabajo efectuado sobre el

¹ RUSE, M. *Sociobiología*, Cátedra, Madrid 1983, p. 210.

tema hasta ahora exclusivamente con referencia a los animales».

LA AGRESIVIDAD EN EL MUNDO ANIMAL

Al abordar las características del comportamiento agonista conviene hacer notar que, en ocasiones, el análisis de éste se ve dificultado por problemas de tipo semántico. Veamos un ejemplo de ello: cuando Montagu² señala (apoyándose en Turnbull que vivió durante tres años en una comunidad de pigmeos del Africa Central) que «los pigmeos no son agresivos ni emocional ni físicamente», para a continuación añadir «Turnbull cree que las disputas, las palizas a la esposa y demás actividades que ocurren en el movido poblado pigmeo constituyen vías de escape que, junto con la *preocupación explícita por evitar la agresión*³, sirven de política de seguro contra la agresión intencional y calculada» nos percatamos cuán necesario es, para el análisis de la conducta agresiva, una definición de ésta que vaya más allá de la puramente intuitiva.

De una forma general podemos decir que, en el mundo animal, la agresión viene especificada como cualquier actividad que tenga por objeto mantener o aumentar la eficacia biológica de quien la efectúa y/o la de sus consanguíneos (= eficacia inclusiva)⁴ a costa de la de aquel sobre quien recae dicha acción. En términos genéticos —no se olvide que son los genes en interacción con el medio quienes producen cualquier organismo— lo que la agresión persigue es, de forma inconsciente para el organismo, la supervivencia y expansión de unos genes en relación a otros.

En efecto, si analizamos el contexto en el que normalmente se manifiesta la conducta agresiva (defensa del territorio, competencia sexual, establecimiento de jerarquías, depredación, etc.) observamos que, más que presentarse de una forma aislada, viene casi siempre dada en relación a otras categorías conductua-

² MONTAGU, A., *La naturaleza de la agresividad humana*, Alianza Universidad, Madrid 1982, p. 148.

³ La cursiva es mía.

⁴ A partir del criterio establecido por W. D. HAMILTON («The genetical theory of social Behaviour», I, II, *Journal of theoretical Biology* n.º 7) se entiende que la eficacia biológica de un animal no viene medida sólo en función de éste, sino también en relación a la de aquellos individuos pertenecientes a su familia y con quienes comparte una determinada proporción de genes.

les que tienen que ver con los objetivos biológicos antes reseñados. No se trata de situaciones conflictivas absurdas que obedezcan a instintos metafísicos, sino de conductas íntimamente vinculadas a la actividad vital de los organismos y de las que dependen aspectos tan importantes para las especies como son: la selección de los reproductores, el mejor aprovechamiento de los territorios, la defensa de la descendencia, la alimentación, etc.

Cualquier ser viviente debe presentar, por consiguiente, un mayor o menor grado de agresividad⁵, ya que, en el mundo en que se ha de desenvolver, su porvenir está ligado a la utilización de unos recursos limitados por los que se ve obligado a competir.

Ahora bien, el hecho de que podamos presentar la conducta agresiva bajo unos objetivos generales de actuación, no supone necesariamente que ésta posea un carácter homogéneo en sus manifestaciones. Distintas situaciones de conflicto pueden producir respuestas que van desde una simple actitud de amenaza a estrategias de ataque variables según la situación en que el individuo se encuentra y el oponente al que se va a enfrentar. Estas diferentes estrategias se desarrollan muy probablemente a partir de coordinaciones nerviosas definidas⁶ y comportan actitudes emocionales que varían según el grado de peligro que el animal presente o conoce.

En la intensidad de la respuesta agresiva juegan también un papel tanto las condiciones del medio externo como las de la maquinaria fisiológica del organismo. Así, la inclusión de elementos ajenos al grupo, la escasez de alimentos, el exceso de población, los cambios neurocrinos, etc. constituyen factores desencadenantes que pueden afectar incluso al grado de discriminación con que se efectúa la agresión⁷.

Otro de los aspectos a considerar en la conducta agonista es el importante papel que juega en su desarrollo la posición que ocupa el animal dentro del status social, así como el resultado obtenido en sus contiendas anteriores. En líneas generales se

⁵ La agresividad vendría a ser la cualidad medida en relación a la prontitud con que un animal responde a un estímulo, así como a la variedad de éstos y la cantidad de recursos energéticos que es capaz de poner a contribución en el marco de sus confrontaciones.

⁶ Parece ser que los mecanismos que asocian la conducta agresiva se hallan situados en varias zonas del neocórtex y el hipotálamo.

⁷ Cuando el animal se encuentra situado en unas condiciones limite sus ataques no son selectivos y pueden dirigirse a cualquier organismo u objeto.

puede decir que conforme los animales ascienden en su jerarquía social presentan un mayor grado de agresividad, observable por la prontitud con que responden a los rivales que pretenden cuestionar su territorio, rango, etc.⁸.

Sin embargo la suerte habida en estos enfrentamientos influye en las futuras manifestaciones de agresividad. Se ha podido comprobar en algunos casos el carácter reforzante del comportamiento que tienen los resultados victoriosos e inversamente la pérdida de vigor en las respuestas biológicas y la mayor vulnerabilidad de quienes han salido derrotados en sus anteriores confrontaciones sin que ello, aparentemente, se deba a ningún tipo de merma física.

No deja desear interesante constatar que, incluso en el mundo animal no humano, reviste una gran importancia para afrontar una prueba con éxito el grado de confianza generado a partir de los resultados obtenidos en las experiencias previas.

En resumen y sin detenernos a considerar ejemplos concretos que pudieran instruir a cerca de la influencia de los factores antes citados se puede decir que para el análisis de la respuesta agresiva debemos tener en cuenta la interacción que se produce entre: *a)* las condiciones ecológicas; *b)* la asimilación que los organismos realizan de los datos que el medio les ofrece en función de su información hereditaria; *c)* los parámetros fisiológicos, y *d)* el resultado de las experiencias anteriores.

CARACTERÍSTICAS DE LOS ENFRENTAMIENTOS INTRAESPECÍFICOS

A tenor de lo descrito resulta evidente la amplia variedad de aspectos que pueden presentar los enfrentamientos agresivos y en especial aquellos que se resuelven en el marco de la competencia por unos recursos comunes. En este contexto, de indudable importancia para la dinámica evolutiva, diferentes autores (Lorenz⁹, Eibesfeldt¹⁰, etc.) han señalado el carácter ritualizado que

⁸ En este sentido y referido al hombre, algunos autores han señalado la posibilidad de que determinadas manifestaciones de agresividad por parte de algunas bandas juveniles vayan más dirigidas al establecimiento de un orden jerárquico interno que a satisfacer un posible afán destructor.

⁹ LORENZ, K., *Sobre la agresión*, Siglo XXI, Madrid 1976.

¹⁰ EIBESFELDT, E. I. *El hombre preprogramado*, Alianza Universidad, Madrid 1977.

suelen tener las luchas entre congéneres, que sólo eventualmente conducen a graves daños o llegan a producir la muerte¹¹. A tal efecto existen toda una serie de señalizaciones (= posturas, actitudes) que, interpretadas por el oponente como una indicación de subordinación o de abandono de la lucha limitan, generalmente, la agresividad del vencedor de la contienda. Así se expresa Wynne Edwards¹² en relación a los combates intraespecíficos: «la convención hace que los contendientes se limiten en gran medida a exhibirse para calibrarse mutuamente o a trabarse en una prueba incruenta de fuerza; sobre la base de esas acciones predicen el resultado de un verdadero combate sin necesidad de librarlo».

Cabe decir, que para Lorenz la pérdida de esta agresión limitada en el hombre (debida, según él, a la enorme desproporción que existe entre los mecanismos inhibidores de la agresividad sujetos a la lenta evolución biológica, y la mediante la sofisticada tecnología ornamentística que nuestro rapidísimo avance cultural nos ha permitido alcanzar) constituye en la actualidad uno de sus mayores peligros.

Podemos pensar incluso, en relación a este planteamiento, que las condiciones de vida en las que actualmente nos desenvolvemos (aglomeraciones, contaminación, stress, competencia excesiva que genera frustraciones, etc.), así como las derivadas de los adoctrinamientos ideológicos con que los grupos tienden a veces a cohesionarse pueden haber acentuado el desequilibrio al que el biólogo austríaco aludía, ya que se han potenciado un conjunto de factores de probada influencia sobre la descarga de la agresividad natural que todo hombre conlleva.

No todos los autores participan del criterio de otorgar a los enfrentamientos entre congéneres, el carácter ritualizado atribuido por Lorenz. Así, Wilson¹³ señala que, con frecuencia, tanto en condiciones naturales como de laboratorio se observan casos de canibalismo o de muertes aparentemente «gratuitas» que parecen contradecir los supuestos de una agresividad controlada.

¹¹ K. Lorenz ha señalado de forma reiterada la necesidad de fomentar en el hombre las actividades deportivas y de enfrentamiento normalizado que vendrían a ser el equivalente de las luchas ritualizadas del mundo animal. Sin embargo no está clara la función canalizadora de tales experiencias.

¹² WYNNE EDWARDS, V. C., «Ecology and the Evolution of Social Ethics», *Biology and the Human Sciences*, PRINGLE, J.W.S., (ed.), Oxford, 1972, p. 59.

¹³ WILSON, E. O., *Sociología, la nueva síntesis*, Omega, Barcelona 1980.

Estos hechos, cuya significación estadística parece cuestionable, pueden valorarse, sin embargo, como fallos en los mecanismos de señalización, o a partir de la aparición de respuestas anormales frente a situaciones especialmente estresantes (aumento excesivo de la población, limitación importante de recursos, condiciones de cautiverio, etc.). A favor de esta interpretación de las agresiones extremas estaría además la consideración de que, en función de la propia dinámica evolutiva, parece convenir mejor, al logro de una estrategia evolutivamente estable el desarrollo de conductas agresivas limitadas que el de aquellas que, por su peligrosidad, pondrían en riesgo la vitalidad de los individuos implicados, y al servicio de los cuales se habrían seleccionado las pautas de comportamiento y señalizaciones indicadas por Lorenz.

LA INTERACCIÓN HERENCIA-MEDIO COMO EXPLICACIÓN DE LOS FENÓMENOS AGRESIVOS

Señalábamos al inicio de nuestra exposición las posiciones contrapuestas existentes entre quienes ven la conducta agresiva tan sólo el reflejo de un instinto con una clara función adaptativa, y quienes la consideran una manifestación de tipo reactivo o la consecuencia de un aprendizaje instrumental.

Se puede valorar a través de lo expuesto que todas estas opiniones pueden ser perfectamente compatibles e incluso representar puntos de vista complementarios¹⁴. La importancia que para la supervivencia del individuo o para su eficacia inclusiva tiene el conjunto de comportamientos a los que se asocia la conducta agresiva, hace pensar, en buena lógica, en la existencia de algún mecanismo genético de control y desencadenamiento de la misma.

Sin embargo, esta referencia genética no debe suponer necesariamente la existencia de unas pulsiones agonísticas específicas que hayan de satisfacerse periódicamente al margen de las funciones a las que normalmente acompaña. Una conducta de tales características constituiría un derroche energético inhabitual en

¹⁴ Esto es especialmente cierto si al considerar el debatido concepto del instinto no se parte —es especial en el caso del hombre— de posiciones que presentan un marcado carácter determinista, el cual prive a los organismos de un cierto grado de plasticidad en sus respuestas.

los procesos biológicos, que privaría a aquélla de su carácter adaptativo, (a menos que pudiéramos otorgar a las descargas periódicas de agresividad el significado de un «entrenamiento» necesario para mantener el óptimo rendimiento neuromuscular que con posterioridad el animal habrá de poner a prueba). La idea de un instinto que promueve el organismo a la liberación periódica de energías específicas acumuladas durante el tiempo de inactividad no parece convenir, de forma especial en el caso del hombre, a los datos conocidos a cerca de la naturaleza del comportamiento en cuestión.

En resumen, sobre la base de lo expuesto, hemos de considerar la conducta de agresión como un mecanismo complejo de adaptación preprogramado genéticamente, íntimamente relacionado con otras funciones vitales, sensible a múltiples factores tanto internos como externos y sobre el que se imbrican toda una serie de aprendizajes fruto de la experiencia individual, que son susceptibles de matizar e incluso alterar su desarrollo.

LA AGRESIVIDAD HUMANA Y SUS CONSECUENCIAS EDUCATIVAS

A la hora de significar las características más interesantes de la agresividad humana resulta obligado hacer referencia al enorme contraste que se observa en la valoración de los hechos que guardan relación con esta conducta. Baste decir en este sentido que, mientras que para autores como Lorenz, Dart o Morris, el instinto de agresión viene a ser uno de los pilares fundamentales sobre los que se ha asentado el hombre en su acelerada evolución, para otros, como Montagu, Lehrman o Sahlins, no existe tal instinto y básicamente centran la dinámica evolutiva de los diferentes grupos humanos en la cooperación y la función cultural que los caracteriza.

En realidad bien podemos pensar que altruismo y agresividad no son más que las dos caras de una misma moneda, la de la adaptación, cuya meta persigue el individuo. Ahora bien, es evidente que las condiciones adaptativas para el desarrollo de nuestra actividad conductual no tienen como base la estructura rígida de los instintos ni la supeditación al mundo orgánico; muy al contrario, son la capacidad de aprendizaje del hombre y su inteligencia las que posibilitan una resolución infinitamente más eficaz de los problemas que puede plantearle la naturaleza a su

plena expresión como ser viviente. Ello no significa, sin embargo, que debemos ignorar la componente genética de algunas de nuestras conductas, entre ellas la agresiva, sino tener presente que su desarrollo queda bajo control cultural. Podemos pensar, sin necesidad de acudir a ninguna clase de determinismos genéticos, que las influencias hereditarias pueden manifestarse —como parece revelar nuestro desarrollo psicológico— a través de capacidades de aprendizaje orientadas con distintos grados de eficacia hacia uno u otros objetivos. Así pues, reconocer nuestro predominio cultural o la no posesión de instintos irrefrenables no excluye la componente hereditaria de nuestro comportamiento agonista. Es más, dada la importancia de las funciones biológicas a las que dicho comportamiento está asociado, debemos lógicamente pensar en él como en una de nuestras actividades sujetas a influencia genética, cuya limitación o posible hipertrofia dependerá, en buena parte, de las presiones que el medio pueda ejercer.

Ésta es precisamente nuestra gran responsabilidad, la de saber que, en definitiva, más allá de unas potencialidades genéticas, es la creación de unas determinadas condiciones medioambientales lo que se convierte en el canalizador definitivo de nuestras múltiples inclinaciones. Sabemos que la suerte de una humanidad enfrentada a través de una compleja dialéctica —que sin embargo encubre intereses muy primarios— depende del uso que sepamos hacer de nuestra avanzada tecnología y del grado de tolerancia y mutuo respeto que seamos capaces de sembrar. En consecuencia hemos de intentar garantizar, a través de una labor educativa dirigida de forma consciente hacia el conocimiento de nuestra realidad biológica y social, el control cultural de nuestras propias tendencias. De igual manera, debemos propiciar el desarrollo de unas relaciones humanas no fundamentadas en las jerarquías de dominio, en el poder de unos pocos enfrentados a la continua frustración de quienes se hallan infraalimentados material y culturalmente, sino en el respeto a los derechos que, en función de nuestra dignidad esencial, libremente nos hemos otorgado.

No se trata, pensamos, de intentar eliminar la componente positiva de la agresividad, por la que nos sentimos inconscientemente impulsados a mejorar nuestra propia situación dentro del medio social, mediante la creación de mundos artificialmente igualitarios, sino de no hacer de aquella una conducta inevitable e hipertrofiada en el marco de nuestra convivencia.

La cultura y el lenguaje pueden generar un discurso consciente que esconda motivaciones de menor contenido altruista del que parecemos ofrecer. Orientar nuestro camino hacia la libertad real, no sólo supone el conocimiento del medio sociocultural que hemos construido, sino también el de las características del soporte biológico, que originariamente, lo fundamentó y del que si bien aquél no ha alcanzado aún plena autonomía tampoco constituye un condicionante que no pueda ser superado por una inteligencia puesta al servicio del logro de unos determinados objetivos sociales. Como diría Montagu ¹⁵ «el hecho predominante en relación con la naturaleza del hombre no es que desarrollemos lo que estamos predestinados a ser, sino que nos convertimos, dentro de nuestras limitaciones genéticas, en lo que aprendemos a ser».

Conviene destacar, no obstante, un aspecto de la agresividad humana – que, por lo demás, ya desde sus orígenes pudo estar al servicio de los mismos intereses biológicos citados al inicio de esta exposición – por su evidente singularidad. Se trata, de la extrema destrucción y crueldad que, en ocasiones, el hombre es capaz de desarrollar en sus acciones agresivas y a la que con frecuencia, de forma totalmente inadecuada, calificamos de «animalesca». Nada más lejos de la realidad. Como hemos podido comprobar en el mundo natural, las agresiones se limitan por lo general al logro de unos objetivos de interés biológico. La agresión por sí misma no parece tener sentido. Un animal que se dedicara a torturar a otro perdería posibilidades de subsistencia y con toda seguridad su evolución tendría escaso porvenir. Resulta evidente que es el hecho cultural, también en este aspecto, el que establece la gran diferencia entre la agresividad humana y la del resto de los organismos; por ello, de igual manera que una educación dirigida a evitar la conducta agonista puede mitigar sus efectos, las componentes, en ocasiones neurotizantes o hipertrofiadas de nuestra cultura, proporcionan las condiciones necesarias para las manifestaciones de una agresividad marcadamente cruel.

En cualquier caso parece evidente que, aun en oposición a autores partidarios de una concepción determinista del instinto de agresión, el hombre debe temer más a las componentes aprendidas del medio en que se desarrolla, que no a las programacio-

¹⁵ MONTAGU, A., *La naturaleza de la agresividad humana*, Alianza Editorial, Madrid 1978, p. 187.

nes de un bagaje genético que ha sido seleccionado durante millones de años a lo largo de su historia evolutiva.

Podríamos decir que nuestros genes han propiciado la estructuración de unos cerebros prestos a asimilar la forma en que han de defender sus intereses. Ciertamente no cabría pensar de otra manera ya que ésta es la misión esencial de nuestro patrimonio hereditario, es decir, la de estar presente en la mayor medida posible en las siguientes generaciones. El logro de esta meta –sin que debamos pensar en ningún tipo de intencionalidad consciente– depende del grado de eficacia que sepan demostrar los organismos que lo portan. Es en este sentido en el que se expresa Dawkins¹⁶ al hablar del «egoísmo» de los genes desde una perspectiva neodarwinista.

Sin embargo, a nuestra especie le cabe la posibilidad de escoger la forma en que esos «egoísmos» pueden ser satisfechos. Si los caminos señalizados para la subsistencia y el bienestar son únicamente los que dependen de la explotación, la falsedad y la agresión, nuestros cerebros aprenderán de forma rápida –y con mayor eficacia que otras experiencias– las conductas que garanticen estos logros. Mientras que si, por el contrario, somos capaces de organizarnos sobre la base del altruismo y la cooperación, la sinceridad y la transparencia en nuestras relaciones, el control de las apetencias egoístas se logrará de forma más fácil, las jerarquías tendrán un mayor soporte moral –lo que las eximirá en buena parte de la agresión institucional– y las diferencias que pueden existir entre los individuos se convertirán en fuente de estímulos creativos.

La utopía que puedan encerrar las afirmaciones anteriores, fundamentada en el análisis de la realidad que el mundo de hoy nos ofrece, quizá sea la única que en buena parte se vea obligada la humanidad a convertir en realidad, porque sólo el hombre educado en libertad, consciente de su naturaleza y de los factores del medio que inciden sobre ella, sabedor de que su presente y su futuro vienen ligados al de sus congéneres y al de la naturaleza en general, podrá, en definitiva –si el poder destructor ya almacenado le da opción–, representarnos en el futuro como continuadores de nuestra especie, la única capaz, aunque con limitaciones, de dirigir sus propios destinos.

¹⁶ DAWKINS, R., *El gen egoísta*, Labor, Barcelona 1979.

